LO QUE NO ESTÁ

La mirada se acostumbra a lo que está, como el ojo se acomoda a la luz. A veces lo cotidiano deja un aroma que, por conocido, se vuelve imperceptible.

Pero, caprichosa rutina, ocurre que de pronto, por los pasillos no te cruzas a algunas personas y lo normal pasa a ser diferente.

Somos cuerpo y, por tanto, frágiles. Por momentos, ausentes. También somos relación y, por ende, presencia. Somos oxímoron.

Más allá de la prescindibilidad de cada persona en una escuela, está su huella y los hilos que han arraigado según qué tierras.

A veces el timbre de una voz amiga, el encuentro con una mirada cuasi parlante o la sola presencia de alguien, hacen que la vida se abra paso dentro del concepto de compartimento estanco que coloniza nuestro glosario mental cuando evocamos la palabra “trabajo”.

Son tiempos de ausencias intermitentes, de letanías en forma de baja, de trucos de magia perversa en las que estar o no estar es casi un juego de ilusionismo.

Sólo queda, como solución plausible, conectar con lo presente. Hacer recordatorios de la importancia de lo común, a modo de autoinstrucciones. Dejar a entrar la nostalgia cuando pida paso.

La escuela es una muestra representativa del mundo. Está hecha de personas y sentires. Una amalgama de universos en relación aprendiendo a convivir y a danzar una coreografía donde cada paso está encadenado con el siguiente. A veces hay huecos en el cuerpo de baile, otras, hay nuevas caras que se incorporan. Es una foto viva, en movimiento. El ritmo es variable, unas veces el compás es pausado, otras produce vértigo de tan vertiginoso.

La escuela, como la vida, huye de las aguas estancadas, porque destilan un olor que opaca el crecimiento.

Mar Celadas